

En el mundo que está por hacerse, a diferencia de éste y los anteriores, cuya hechura se adjudica a dioses varios, cuando alguien pregunte 'quién hizo este mundo', la respuesta será "Nadie".

Y para adivinar ese mundo y empezar a construirlo, es necesario ver muy lejos en la geografía del tiempo.

Quien está arriba de mira corta y se equivoca cuando confunde a un espejo con un largavistas.

Quien está abajo, "nadie" ni siquiera se para en las puntas de los pies para adivinar lo que sigue.

Porque el largavistas del rebelde ni siquiera sirve para ver unos pasos adelante.

No es más que un caleidoscopio, donde las figuras y los colores, cómplices unas y otros con la luz, no son herramientas de profeta, sino una intuición: el mundo, la historia, la vida, tendrá formas y modos que no conocemos aún, pero deseamos.

Con su caleidoscopio, el rebelde ve más lejos que el Poderoso con su largavistas digital: ve el mañana.

(SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: OTRA GEOGRAFÍA)

En la historieta del Poder todo está previsto y resuelto de antemano: el malo puede ser malo, pero sólo para resaltar el poder del bueno. La balanza ética entre el bien y el mal se transforma en la balanza amoral entre el Poder y el rebelde. En el Poder pesa el dinero, en el rebelde pesa la dignidad. En su historieta, el Poder imagina un mundo no sin contradicciones, sino con todas las contradicciones bajo control, administrables como válvulas de escape que distiendan el rencor social que el Poder provoca.

En su historieta, el Poder construye una realidad virtual donde la dignidad es ininteligible y no mensurable.

¿Cómo puede tener valor y peso algo que no se entiende y que no se mide? Ergo, la dignidad será, irremediabilmente, derrotada por el dinero. Así que "no problem", puede haber dignidad porque ya el dinero se encargará de comprarla y convertirla en mercancía que circule según las leyes del mercado... del Poder. Pero, resulta que la historieta del Poder es eso, una historieta, una historieta que desprecia LA REALIDAD y, por lo tanto, una historieta mal hecha. La dignidad sigue escapando a las leyes del mercado y empieza a tener peso y valor en el lugar que importa, es decir, en el corazón...

(SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: EL NEOLIBERALISMO: LA HISTORIA COMO UNA HISTORIETA... MAL HECHA)

A partir de la aparición del EZLN, el 1 de enero de 1994, las comunidades zapatistas plantearon un desafío a la clase política de todos los colores e ideologías: ¿era viable que desde el corazón mismo de las comunidades indígenas mayas se construyera un nuevo concepto para hacer, entender y elaborar una propuesta política muy otra?

Algunos respondieron por la fácil y señalaron que todo era producto de un mestizo que elaboraba y decidía todo por encima de miles, de miles, de indígenas. Otros buscaron la cuadratura al círculo señalando que todo era demagogia, que realmente se trataba de una vanguardia partidaria disfrazada de comunidad; que era una coartada posmoderna para mantener la arcaica forma partido sin pagar los costos de su desprestigio.

Otros, más osados, reivindicaron que todo se debía a las comunidades indígenas, pero no podían explicar porqué eso no había pasado en otras comunidades.

El EZLN —los mismos zapatistas lo han explicado— es la síntesis resultado de un choque de un pequeño grupo con una formación político-militar de corte vanguardista, aunque con elementos muy diferentes a otras organizaciones de este tipo, con unos pueblos indios. De ahí salió una forma de entender la política como producto de lo que se hace, no de lo que se dice.

El EZLN pudo haber construido una organización autodenominada de vanguardia, que se propusiera dirigir el movimiento de masas. Pero rehuyó esa tentación. Todavía se recuerdan los reproches de varios militantes de la izquierda de México y del mundo que señalaban que no comprendían porqué, si ya tenían un movimiento de millones de seguidores, si ya habían tomado el Zócalo, porqué no llamaron a la toma del poder.

Intentar una respuesta es un buen ejercicio para entender cuál debe ser el rostro de una organización que busque construir otra forma de hacer, entender y elaborar una política. Una primera aproximación es entender que al zapatismo no le interesa tener seguidores, sino ser un puente que ayude a que otros se conozcan y hagan trato, una ventana para ver más allá del entorno más cercano de un movimiento local y particular, un espejo que permita reflejarse en la diferencia de los otros para ir delineando una silueta común.

Una de las obsesiones que ha tenido todo movimiento político emancipador es la elaboración de una estrategia revolucionaria: la insurrección de los trabajadores, a guerra popular prolongada, la guerra de guerrillas, la huelga general insurreccional, etcétera.

Casi todas estas expresiones políticas han buscado convertirse en modelos, y las organizaciones políticas, casi desde que surgen, nacen afines a estas visiones. En ese sentido, efectivamente, veían a la estrategia revolucionaria como un modelo analógico, que analiza las batallas futuras únicamente reflexionando sobre las pasadas.

El otro problema era que, muchas veces, se trataba de ejercicios de escritorio, los cuales se les presentaban a los trabajadores del campo y la ciudad como modelos armados de antemano y se hacía encajar la expresión real del movimiento en esa camisa de fuerza.

Pero el problema no era únicamente político, sino también ético. No era posible esperar al de más atrás porque la estrategia era un arte que no podía perder el tiempo y eso se debía a que el tiempo y el espacio estaba determinado por lo que arriba sucedía.

Sustituir o interpretar a los de abajo fue y es una tentación. En última instancia, se compartió con el pensamiento moderno burgués la idea de que la política es una actividad reservada para los especialistas. Las “masas” tienen frente a sus ojos un menú variado de estrategias a escoger, pero les estaba vedado construir un camino propio, autónomo, constituyente.

El EZLN se decidió por el camino que conocía, que había recorrido, que era y es su activo, es decir, por su práctica comunitaria. Ahí, en ese lugar, en esa posición, ninguna acción sustituye la voluntad y la capacidad de construcción del pueblo.

La ética zapatista está basada en respetar la diferencia y los procesos constituyentes de los diversos actores políticos. Ese proceso es más largo, a veces, es incomprendible. La mayoría de las veces es caricaturizado por los cerebrones —como les dice el comandante Tacho a los intelectuales— como un eslogan moral y moralista y, sobre todo, como poco funcional, poco eficiente y equivocado en tanto no aprovecha las coyunturas que arriba suceden. Por eso, piensan ellos, la política es sinónimo de vanguardia y lo social es sinónimo de movimiento. La formulación zapatista, si pudiéramos hablar de esa manera, sería la inversa: la Otra política es patrimonio de todo aquel que forme parte del sur social, del abajo; y lo social debería ser la preocupación fundamental de todos aquellos que quieran construir una fuerza política revolucionaria o rebelde.

Así, lo fundamental del rostro de una organización de nuevo tipo es esa combinación de política con ética. De ética con política. Para evitar caer en lo anodino de lo urgente, de lo supuestamente posible; o en un utopismo sin asideras, donde parecería que el capitalismo se cae solo.

Porque una política sin ética es un bazar de oportunidades y, desgraciadamente, esto es lo que le ha pasado a muchas organizaciones políticas de la izquierda tradicional, pero, también, a varias que se reclamaban de la acción revolucionaria.

Y una ética sin política es un moralismo barato posmoderno, donde convertimos la lucha contra el capital y su Estado en un *happening* cultural.

El poder del capital sí es un problema al que no podemos darle la vuelta. Una cosa es que los zapatistas renunciemos a la toma del poder y otra muy distinta pensar que el poder se puede dispersar o desintegrar únicamente por acciones políticas parciales y limitadas o por la voluntad individual de un día despertar y decir: “a partir de este momento me desenchufé del capitalismo”.

La renuncia al poder es una decisión ética y política, pero eso no quiere decir dejar de luchar por generar una nueva relación social, en la cual el que mande lo haga obedeciendo, y no haya clase política, sino todos puedan en un momento dado ejercer las acciones de gobierno; en la que no haya una casta que tenga intereses materiales diferentes del resto de los de abajo; y no haya una casta de nuevos sacerdotes que posean los secretos arcanos del poder; en la que, efectivamente, la cocinera pueda ser jefa del gobierno. Y haya una organización que, con su renuncia a formar parte del poder, se compromete con los de abajo a luchar en contra de toda desviación que vuelva a hacer de la política un espacio de exclusión, opresión, desprecio, explotación, despojo o represión; un espacio de especialistas: los nuevos sacerdotes de las nuevas liturgias, nada más que, ahora, revolucionarias.

En el rostro de la organización rebelde debe verse claramente que una de las cosas que nos distingue, es lo que nos permite ubicarnos a la izquierda de lo “posible”, a desafiar la ley de la gravedad —que en la política tradicional se traduce en todo se compra, todo se vende—, y esto se logra, únicamente, fusionando la ética con la política. ★

Rebeldía. Año 7, número 67, 2009.

Director: Sergio Rodríguez Lascano.

Consejo Editorial: Raúl Jardón (*fundador*), Fernando Yáñez Muñoz.

Fotografías: Archivo Casasola (páginas 5, 8, 10, 13, 17, 18, 20, 25, 31, 33, 34, 43, 46, 49, 50, 53, 59, 61, 65, 66, 69)

Página web: <http://revistarebeldia.org>

Para pedidos o solicitar números anteriores: redaccion@revistarebeldia.org

Impresa en: Arte gráfica